

con el de toda la comarca, como saben bien los que han tratado de imitarlo en muy diferentes circunstancias.

La Dolores no era mucha mujer, pero fina de piel y de alma, como se ve y de tales condiciones, que todavía hay quien dice que era la Virgen del Carmen, ídolo de los oficiales y de todo el que la trataba, produciendo su muerte una consternación general.

La boca saliente y fruncida de Francisco, que no era de aire de familia, carente de dientones, aunque él lo fuera un poco, lo tomo como uno de los signos del oficio por la costumbre de llenarse la boca de clavos, sujetarlos con los labios e irlos cogiendo uno a uno para clavar la suela. Y cuando no tenían los clavos tenían el pito, porque todos fueron muy fumadores y muy tosedores, cascados del pecho, decían ellos. El que más sacaba el hocico, así como Francisco, y el genio, era el Mudo, pero más o menos todos le daban esa tendencia a los labios.

Entre los zapateros había dos tipos predominantes, los flacos y los gordos, con mayor número de flacos y muy escaso de intermedios.

El Zapaterillo era de los regordetes, aunque el apodo le venía de la temprana edad y escaso desarrollo de cuando empezó a trabajar. De labio superior ancho y rasurado, como Antonio Vaquero, Desiderio, Leo-

nardo, etc. Estos en lugar de sacar el hocico encogían los labios como si le dieran de sí al de arriba, para sujetar los clavos y su mían un poco la boca.

Otro carácter adquirido de los zapateros, que se le nota a Francisco, es el no andar derechos, porque trabajando sentados nunca lo están tampoco y al estirarse se quedan inclinados, como arriñonados y con los brazos alargados, actitud un poco antropoidea, como de no haber alcanzado en su totalidad la actitud eréctil. Dentro del oficio, este carácter general, es más o menos acentuado, según la constitución de cada uno, pero a Francisco, que tiene trazas de zapatero integral, se le nota bien y quien lo recuerde podrá dar fe de ello.

Otra señal del oficio era la anchura de las nalgas, tan ostensible en sus andares y su encallecimiento, de tener el culo aplastado contra el asiento, como tenían también encallecidos los muslos, a la parte arriba de las rodillas, de ponerse sobre ellas la piedra de machacar y estirar la suela y la obra durante el trabajo y el borde cubital de las manos, pulpejo de abajo, de liarse los cabos, después de pasarlos por los agujeros hechos por la lezna, para apretar la costura. Y en el enfranque del pie de tirar de la correa, más por fuera que por dentro.

Usaban un mandil corto, de tela azul, colgado al cuello y atado a la cintura, que escasamente les llegaba a las rodillas, pues en muchos momentos de la confección,



Francisco Vaquero y la maestra Dolores, su mujer, que elevaron la zapatería alcazareña a una altura increíble.

